

ANT - XIX - 1298 (10)





MANIFIESTO

DEL CORONEL PRIMER AYUDANTE GENERAL

DEL ESTADO MAYOR

DEL PRIMER EJÉRCITO NACIONAL

Y SOLDADO DE VOLUNTARIOS DE CÁDIZ

D. NICOLAS DE SANTIAGO Y ROTALDE,

Á SU GENERAL

DON ANTONIO QUIROGA,

*de las interesantes ocurrencias del 24 de Enero
en Cádiz con motivo de la gloriosa revolucion
que se intentó hacer.*



M A D R I D

IMPRENTA DE DOÑA ROSA SANZ, CALLE DEL BAÑO,
1820.

*Se hallará en la librería de RAMÍREZ, calle de Alcalá, frente
al Buen Suceso.*

MANIFIESTO

DEL CORONEL TIMON AYUDANTE GENERAL

DEL ESTADO MAYOR

DEL EJERCITO NACIONAL

y SOLDADO DE VOLUNTARIOS DE GUERRA

AL SEÑOR DE SANTIAGO T. ROSALES

A SU GENERAL

DON ANTONIO QUIROGA

que se ratifica en la guerra civil
de la independencia de la patria
y en la guerra civil de la independencia

M A D R I D

IMPRESA DE DONA ROSA SANZ, CALLE DEL BAÑO

1848

de hallarse en la librería de la calle de San Juan, número 10.
de don Quiroga.

Es un deber del súbdito participar al gefe los incidentes y pormenores de las comisiones puestas á su cargo; y si á mi llegada al primer ejército Nacional obedecí esta ley militar, se satisfará V. S. ahora de que una justa, prudente y honrada consideracion me impulsó á ello. Mis compañeros de la empresa de enarbolar en Cádiz el estandarte de la libertad civil gemian en lóbregos calabozos, y de mis labios pendia no solo la existencia de ellos, sino la de otros que desgraciadamente permanecian en el seno de la opresion y despotismo.

El iris de la Constitucion ha despejado ya el horizonte (tantos años empañado por la densa niebla de la tiranía), y en dias tan serenos es muy justo que aparezcan mis compañeros tales como son y han sido. Asi pues, despreciando criticas y resentimientos, he coordinado del mejor modo posible las ocurrencias del 24 de Enero para no ser más tiempo omiso á la justicia que reclaman los buenos, adictos y valientes ciudadanos que expusieron su existencia, sus bienes y familias para redimir la Patria del caos horrible en que estaba sumergida.

Tenga V. S. en consideracion á los que en el adjunto manifiesto merezcan el aprecio del sabio gobierno que nos rige.

Dios guarde á V. S. muchos años. = Cádiz 24 de Marzo de 1820. = N. de Santiago Rotalde. = Sr. D. Antonio Quiroga, general en gefe del primer ejército Nacional.



MANIFIESTO

de las ocurrencias del 24 de Enero en Cádiz y anteriores hechos de los amantes de la libertad Nacional.

Aunque sin orden del general en jefe del ejército Nacional proyecté el día 5 de Enero enarbolar el estandarte de la libertad en la ciudad de Cádiz, ignorante de las tentativas que ya otros habían hecho (sin efecto) sobre el mismo objeto. Repentinamente formé un plan, y me avoqué sin temor á los sugetos que mis observaciones me hicieron graduar por amantes de la Patria. No me engañé, y ví colmadas mis esperanzas, pues reuní en la mañana del 6 el juramento de acompañarme en la empresa los coroneles D. Manuel Montalvo, de Valencey, y D. Mariano Antonio Novoa, Gefe de las partidas sueltas reunidas en el cuartel de Santa Elena (con las que el 8 se formó el regimiento de Leales:) el teniente coronel D. Mariano Medrano, segundo comandante accidental de Soria; y del mismo cuerpo los capitanes D. Ramon Gali, comandante de los Cazadores; D. Pedro Gomez, de la de Granaderos; D. Evaristo Melgares, teniente de la segunda compañía: los tenientes Don Felipe Vargas, de Cazadores; D. José Bajo, D. Andres Garcia, de Cazadores; D. Carlos Martínez, de fusileros; D. Manuel Bellos, D. Mariano Gimenez, de granaderos: el segundo ayudante D. Joaquin Cortada: los subtenientes D. Mauricio Perez, de granaderos; D. Martin de la Pedrueza, D. José María Diez: los sargentos Jaime Tura, José Go-

mez, Juan Gonzalez, Martin Poch, y Francisco Martinez. Asimismo el capitán D. Edmundo Shelly, administrador de Salinas; el teniente de artillería D. Simón de Carlos; el alférez de Guardias Españolas D. Manuel del Castillo; el primer teniente de Guardias Españolas D. Manuel Espadero; los alféreces de navío D. Olegario Cueto, y D. Manuel Hernaiz. Además los Señores D. Miguel Porcel, secretario particular del conde del Abisval; el comerciante D. José Díez Imbrecht y Catalá; D. Juan de Aréjula, cirujano mayor &c.: D. Juan Romero, D. Rafael, y D. Ignacio Ameller: jóvenes decididos que pidieron puestos de riesgo. A estas personas descubrí mi intento y convenimos en dar el golpe aquella misma tarde. Convoqué á mis adictos del pueblo, que armé; y cité á Manuel Gimenez (conocido bajo el nombre del montañés) que con sus valientes compañeros se prestaron á seguirme. Escribí y mandé imprimir las proclamas, y di las órdenes para que todo estuviese dispuesto para las tres de la tarde. Efectivamente ocuparon todos sus puestos, y yo pasé á caballo al cuartel de Soria, pero en el momento de dar la voz de alarma se presentó un ayudante de plaza y nos privó de varios individuos que pasaron al cuartel de Santa Elena, donde el teniente de Rey los tuvo ocupados hasta muy entrada la noche. En el interin el primer comandante de Soria D. Antonio Casals, con algunos oficiales de los no nombrados, obstruyeron el golpe; sin embargo de que protesté despues y me opuse á todo retardo. Cuando desaparecieron estos insté sobre la necesidad de obrar rápidamente en asuntos de tal naturaleza; pero la noche fué lobrega y terrible por el fuerte temporal, y hasta las diez y media no logramos reunir á algunos, negándose otros. Ya en aquella hora se había leído en pleno ayuntamiento la proclama de Freire, y la reunion que hacia de tropas para dispersar las del ejército Nacional. Divulgóse esta noticia y no me fué posible desvanecer los temores de cierta persona. En fin despues de hablarse mucho y no determinarse nada, concreté la cuestion á obrar ó dispersarnos; pues expuse que "ya mañana no estaremos en el caso de

«poder obrar con tanta seguridad del triunfo.» Esta reflexion les convenció; pero el Coronel Novoa pidió 200 rs. vn. para sus tropas y que sin ellos nada haria. Salieron inmediatamente los nombrados á buscar dicha cantidad; pero la hora y la premura no la facilitaron (*). Yo por último recurrí á varios sugetos que ofrecieron mucho, pero que entonces no se dignaron contestarme. Todos nos quedamos sumergidos en la mayor tristeza y agoté los recursos de la persuasiva, que ningun efecto causaron en Novoa. Yo me hallé comprometido con la gente que esperaba en sus puestos desde las tres de la tarde, y no tuve mas remedio que pagar en dinero lo que dejó de hacerse en obras.

El resto de la noche se pasó en disputas; y despues de un leve descanso pasé á la puerta del mar para desempeñar el servicio de gefe de dia.

Calcúlese cual seria mi estado al ver frustrado un plan tan necesario para la amplitud de recursos y opinion del ejército Nacional, y se formará una idea exacta del afan con que pretendí restablecerlo, bien que yo mismo desmayé por unos dias cuando ví entrar á el regimiento de América, á los innumerables desertores, á las partidas de caballería, á las milicias de Jerez, Guias, y formación del regimiento de Leales. Dichas tropas formaban un total de tres mil hombres, cuando Soria apenas tenia 400 de fuerza efectiva, y de ellos solo 300 disponibles. A esta desigualdad se agregaron las funestas noticias de que todos los regimientos de infantería y caballería de la provincia, y demas del ejército de ultramar, no estaban unidos á la buena causa, sino que se habian declarado enemigos mortales de los pronunciados; y yo entonces hice el ánimo de pasar á la ciudad de S. Fernando en compañía del ayudante de Soria D. Joaquin Cortada, para morir con los valientes de la Patria; pero el interes de hacer un gran servicio y redimir á mi

(*) En casa de D. Juan de Aréjula pidió Novoa aquella noche á las 11 en vez de mil duros quinientas onzas de oro, lo que seguramente asustó á tan generoso patriota.

pueblo de la tiranía me hizo intentar una nueva coalicion, popular y militar.

Mis antiguos compañeros ardian en los mismos deseos y á la primera invitacion que les hice los hallé dispuestos á obedecerme: sí, á obedecerme digo, porque me nombraron por su gefe. Escribí inmediatamente al general Quiroga, y me puse en comunicacion y de acuerdo con el general Riego. Aseguré la correspondencia y una de mis cartas fue concebida en estos términos.

“ Todo está dispuesto para la empresa y solo falta que nos remitan Vinds. cien mil reales, pues no conviene abusar de los comerciantes de Cádiz, que pueden temer ó desconfiar de nosotros.”

Vino entonces de la Isla el teniente del regimiento de Sevilla D. Joaquín Perez, ayudante de Riego, que me se presentó con firma y autorizacion de dicho gefe á acordar conmigo y el capitán Gali todo lo concerniente al plan y á ofrecermé en nombre del ejército Nacional el gobierno de Cádiz si efectuaba la grande accion: mi contestacion es demasiado notoria á mis compañeros, por lo que excuso referirla, mucho mas cuando mi ambicion se limita á servir solo á mi Patria. Marchó el mencionado Perez muy satisfecho de nuestra resolucion y quedamos enteramente decididos y esperando el momento oportuno.

El 21 conocí que no tenia medios el general Quiroga para remitirme el dinero pedido, y que me aseguró Perez me seria entregado; pero oculté mi temor y esperé lleno de sentimiento que su falta malograra la empresa. Mas mi resolucion estaba hecha y escribí la que sigue.

“ Conviene que desde ese punto se haga alguna morisqueta sobre la cortadura ó la escuadra. Igualmente que se verifique un paseo militar con 500 ó mas hombres sobre el Puerto para reanimar el espíritu amortiguado de este pueblo con las voces esparcidas de que ese ejército Nacional está acobardado y sin accion ofensiva (*). El 24 es el

(*) Mucho mas por la inicua fuga y desercion del tenien-

«día señalado para mi empresa, pues estoy de gefe de día;
 «Soria da el servicio, tengo las guardias mandadas por los
 «nuestros, y en el teatro da su beneficio la Cuatrini, lo que
 «facilitará la prision de muchos gefes. En la Isla, lanchas,
 «Carraca y navío se hará un vivo fuego sin otro objeto que
 «aterrar á esta guarnicion. Convengamos la hora y mánde-
 «me Vmd. el dinero pedido.»

A este aviso me contestó Riego que efectivamente ha-
 bían avanzado la noche del 22 las óbuseras sobre la línea
 y que habían alarmado la cortadura, lanchas y escuadra;
 que él salía con una columna sobre el Puerto en cumplimen-
 to de mi indicacion.

Es de advertirse que la carta que escribí el 22 dicen-
 do á dicho Riego que el rompimiento de la revolucion se-
 ria á las ocho de la noche, la escribí en papel inglos, ignoran-
 te de que la tinta simpática que yo habia compuesto no sur-
 tia efecto sobre él, y se molestaron en hacer pruebas y mas
 pruebas sin lograr leerla: esto hizo que me escribiese el 23
 remitiéndome un hombre de toda confianza para que le lle-
 vase mi contestacion, la que dí la mañana del 24 con toda
 presteza diciéndole: de «que apesar de no haber recibido
 «el dinero pedido, se ejecutaria la conñocion al cañonazo
 «de la retreta de aquella noche, y que ellos por su parte
 «rompiesen el fuego sin objeto desde todos los puntos, y
 «que dos cohetes que se dispararian desde la torre Tavira,
 «seria la señal de estar ya por nuestra la ciudad.»

Esta carta no llegó á manos de Riego hasta el 25 á las
 dos de la tarde, y las consecuencias fueron bien funestas
 para todos y particularmente para mí.

Dicen que el comisionado de la carta llegó al Puerto,
 halló el puente cortado, y en vez de pasar con un bote á

*te D. Pedro Motcher y del subteniente D. Juan Catalá, que
 con 45 hombres de Soria se fueron desde la Isla á Cádiz; he-
 cho que hizo temer á los buenos patriotas de que seria cierta
 la ruina del ejército Nacional.*

Puerto Real, tomó el rodeo de la Cartuja. Ignoro los por-
menores, pues ni me está bien averiguarlos, ni tengo auto-
ridad para ponerlos en juicio. No obstante he debido expre-
sar el hecho para que nadie dude de que una de las princi-
pales causas de frustrarse la empresa fue el no llegar á tiem-
po mi papel, pues mi plan estaba enteramente ligado con
las tropas de la Isla, como se verá.

Disposiciones ú plan para la conmocion de Cádiz.

„En razon á que los Señores de la Isla no han remitido
„el dinero ofrecido se comisionan hoy 24, al capitan D. Ed-
„mundo Shelly y D. Miguel Porcel, para que recauden (de
„los adictos) cien mil rs. vn. (Nota 1.) pues el cañonazo de
„Animas de esta noche ha de ser la señal para el rompimien-
„to general.

„A las siete y media quedarán arrestados el general Cam-
„pana, el teniente de Rey Valdés, y los ayudantes Balleste-
„ros, Campana y Cordobita (*). La casa del conde del Abis-
„val está preparada con prisiones cómodas que ha dispues-
„tó D. Miguel Porcel. A la misma hora pasarán al teatro
„los Señores D.....D.....D..... para sacar con engaño al co-
„mandante de Guias, al coronel de América y á otros su-
„getos que en coches serán conducidos á dicha casa. No se
„hará mal á ninguno de los indicados. D. Federico Duellas pa-
„sará antes de las ocho á ocupar el parque con los 500 hom-
„bres catalanes, franceses y extrangeros que ha ofrecido.

„El coronel Novoa permanecerá en su cuartel de Leales
„para dar la voz y sostener el batallon adicto á la buena
„causa é impedir la salida de los ayudantes de plaza. El re-
„gimiento de América recibirá por su gefe al gefe D.... y en
„caso forzoso sufrirá la suerte de ser desarmado. Las parti-

(*) Estas prisiones quedaron repartidas entre varios, que no
cumplieron, y solo la de Campana que por mas difícil me en-
cargué de ella.



„das de caballería (*) se unirán á Soria, que estará formado,
 „y pasará á las ocho á la plaza de S. Antonio, tomando an-
 „tes del parque dos piezas volantes. En la plaza quedará
 „medio batallon con Medrano, y el otro medio con Gali; y
 „yo á su lado y los contrabandistas en cuerpo de pueblo nos
 „dirigiremos al teatro, plaza y puerta de tierra para ocu-
 „par la muralla Real.

„Saldrá inmediatamente una pequeña columna para con-
 „pretexto de reten ocupar la cortadura.

„Las guardias están cubiertas por oficiales y tropa de
 „confianza, y se impedirá toda salida ó entrada por las puer-
 „tas. Inmediatamente pasará el teniente de artillería D. Si-
 „mon de Cárlos á la batería de Candelaria y encenderá un
 „hornillo para enrojecer balas é impedir si es posible la sa-
 „lida de la escuadra.

„El gran fuego que hará toda la línea de la Isla será la
 „señal para que repiquen las campanas, y el terrible es-
 „trueno alarmará á el pueblo y aferrará á los mas valien-
 „tes Realistas. El mando de las armas lo toma el coronel
 „Santiago, y solo se obedecerán sus órdenes y las del coro-
 „nel Montalvo como gefe de dia único.”

Este fue el plan, y solo previne á cada uno lo que le correspondia para evitar toda venta del secreto. El pueblo de Cádiz juzgará de cual debió ser el resultado, si la noche del 24 hubieran experimentado lo que estaba dispuesto. Por desgracia á las cinco de la tarde principié á conocer que faltarian muchos sugetos; pero nunca pensé que fueran tantos, y algunos de mucha consideracion. Novoa pidió mas dinero y se le dió. Duelles solamente ratificó sus ofertas, y confieso que fue el único con quien creí contar. Otros pusieron dificultades para las prisiones de que se habian encargado; y por último á las siete y media supe que no se habia verificado mas prision que la del general Campana que me esta-

(*) Cuyos oficiales se me presentaron en el café del teatro la noche del 22 para que los emplease, y brindaron por la libertad, decididos á morir por la Patria.

ba encargada como más difícil, y que ejecuté sacándole del pabellon de Santa Elena con el ayudante de plaza Duran, bajo pretexto de llevarles á casa de un sugeto donde tenia detenido á un comandante de los de Quiroga que pedía indulto, que si se lo concedian descubriria la gran conspiracion que se tramaba en Cádiz para el día siguiente. Yo conocia perfectamente el carácter de Campana y la importancia que queria darse, y asi herí la vibra de su presuncion y le faltó tiempo para salir conmigo y le conduje á casa de Manuel Gimenez el montañés, donde tenia tres hombres para desarmarle. ¡Pero quien lo creyera! Se acobardaron y pidieron mas gente para la empresa. Me ví comprometido y recurrí á nuevo engaño, pues dije á Campana que el comandante habia salido temiendo que mi tardanza seria para prenderlo. Creyóme Campana y se convino en que yo saliese á buscar al supuesto comandante, volví con seis y les di una onza á cada uno; pero fueron tan cobardes los que llevé que todavía pidieron mas gente: felizmente encontré al valiente y arrojado D. José Ponce, teniente coronel de Zapadores que aquella tarde uní á nuestra empresa; y este hombre, decidido en compañía de su hermano D. Cayetano Ponce, entró en la casa de Manuel el montañés y ejecutó el desarme del general Campana y su ayudante, como se verá en la nota original que me pasó (Nota 2.)

Yo no tenia momentos que perder, y pasé rápidamente al cuartel de la Bomba; pero en el camino hallé al coronel Novoa que trémulo y sin acertar á hablarme, me detuvo por el brazo y dijo: *nos perdemos*, Santiago: lleno de ira le contesté; *cumpla Vmd. ó tema*: seguí mi camino, y advertí que Novoa me siguió un largo rato, lo que me debió dar á conocer cuan poco debia esperar de él.

Llegué en fin al cuartel de la Bomba y dí la orden de formar, lo que Medrano y Gali ejecutaron con tanta velocidad, que apenas tuve tiempo de llegar al parque cuando ya salia Soria formado. Faltaban pocos minutos para las ocho y notando la falta de la caballería, mandé buscarla y que acelerase el paso, pero me contestaron que faltaban á su pala-

bra los oficiales, y que solo me ofrecian no emplear sus armas contra la grande empresa.

Me acerqué al parque y advertí que tampoco estaba Duelles ni ninguno de los suyos: esto me hizo desconfiar de él, por lo cual mandé que Soria ocupase el parque: lo ejecutaron asi, y Gali mandó cargar con bala arengando á la tropa de que obedeciesen en un todo mis órdenes; desechando él y Medrano al primer comandante Casals, que separamos de la formacion. Se abrieron las puertas del parque y municionó la tropa, tambien sacamos dos cañoncitos de montaña que se pusieron al cuidado del teniente Garcia, y de los sargentos de granaderos José Gomez y Juan Gonzalez con varios granaderos que los condujesen.

Corrí á examinar por mí mismo á los contrabandistas y los hallé perfectamente colocados en grupos en la plazuela de la cruz de la Verdad: los conduje al parque y dividí el batallon de Soria en dos trozos: el uno al mando del comandante Medrano con los buenos, adictos y decididos oficiales el capitan de granaderos D. Pedro Gomez, y el teniente del mismo D. Mariano Gimenez, pero en contra tambien quedaron en la formacion los tenientes D. Pedro Motcher y D. Jaime Gibert, y los subtenientes D. Pedro Espinosa, D. Fernando Romero y D. Antonio Perera, hombres declarados por enemigos de la buena causa, pero de poca resolucion para estorbar las operaciones de los buenos.

Este trozo quedó para sostener el parque á toda costa, y proteger la extraccion de fusiles para armar al pueblo.

La otra columna quedó al mando del capitan Gali, tan acreditado por su decision en las infinitas empresas proyectadas por la buena causa, como por su concepto militar y amor que le profesaban sus soldados. Formó Gali las dos compañías que componian la columna, mandada la primera por su acreditado teniente de cazadores D. Felipe de Vargas, y la segunda por el de igual clase con grado de capitan D. Evaristo Melgares, conocido por su decision y bellas ideas, reunido á la misma el benemérito teniente D. José Bajo, cuyo oficial obtuvo ya antes la delicada comision de pasar á la

Isla á avistarse con el general del ejército Nacional. A retaguardia se colocaron las dos referidas piezas al cargo del bizarro teniente García.

Sonó el cañonazo de retreta, y dándose la voz de viva la libertad, me puse á la cabeza de la columna al lado de Gali y en compañía del segundo ayundante D. Joaquin Cortada, que tan dispuesto se halló para toda empresa por arriesgada que fuese.

Emprendimos la marcha, siguiéndonos y antecediéndonos los infinitos contrabandistas, que con sus voces de viva la Constitucion, iban alarmando la ciudad: tambien iban inmediatos á la columna el capitan D. Edmundo Shelly, el alferéz de Guardias D. Manuel del Castillo, el primer teniente de Guardias D. Manuel Espadero, D. Miguel Porcel, D. Juan Romero, D. Rafael, y D. Ignacio Ameller y D. José Alzagua (Nota 4.), y en el camino se nos unió Duellas que continuó con sable en mano hasta poco antes de llegar á puerta de Tierra donde desapareció y no le ví mas.

No puedo menos de recordar la decision y valor de Castillo, la de Shelly, Porcel y Romero, que en todos los momentos de consternacion y riesgo, los hallé siempre á mi lado. Tambien se unieron á la inmediacion de la columna algunos caballeros particulares de esta ciudad que proclamaban la Constitucion é incitaban á que nos siguiese el paisanage (*).

Continuamos nuestra marcha hasta la plaza de S. Antonio: allí hice alto y mandé que se quedase la segunda compañía; pero á poco de haber continuado con la primera conocí que la poca fuerza me podia exponer á un revés, y por lo tanto hice que continuase la segunda en union con la primera. El pueblo en vez de unirse á nosotros huia y cerraba

(* El capitan retirado D. Joaquin Gonzalez apesar de su estado fisico, pues camina con mil trabajos bajo el auxilio de dos muletas, se electrizó de tal manera en la plaza de San Antonio, que conmovió de júbilo á cuantos se hallaban en aquel sitio, y pidió á voces le prestasen aunque fuese un burro para seguir la columna.

las puertas, y ví por mí desgracia que obraba con descon-
fianza: no obstante á paso redoblado nos dirigimos al teatro,
desarmamos la guardia y continuamos por la calle de Come-
dias, esquina de las Flores, calle Nueva, plaza y surtida de
la Alóndiga hasta dar vista á los cuarteles de puerta de Tier-
ra. Las guardias de dicha puerta tenian echados los rasti-
llos, nos dieron el quien vive y nos mandaron hacer alto, lo
que maquinalmente ejecutó la columna; pero dije á Gali que
mandase calar bayoneta y á paso de ataque tomase aquel pun-
to. No sé que fue mas pronto, si yo mandarlo ó Gali ejecu-
tarlo, logrando ocupar el punto, lo que debe haber avergon-
zado y llenado de oprobio á los cobardes que guarnecian la
puerta.

Dueños de ella, esperábamos la union de los Leales; ¿pe-
ro cual no sería nuestra sorpresa cuando García y yo oimos
claramente la voz de Novoa que proclamando á el Rey, man-
daba hacer fuego. Efectivamente los Leales rompieron el fue-
go vivo sobre nosotros y en seguida los de América con poco
calor, lo que nos puso en la situacion mas terrible y que no ca-
be pintarse, pues basta ver la posicion que ocupábamos á ma-
nera de un saco, cuya boca y costados guarnecian nuestros
enemigos. Con todo Gali y los valientes oficiales de la colum-
na mandaron hacer fuego y lo sostuvieron por mas de tres
cuartos de hora, al cabo de lo cual se remolinó la tropa, que
solo buscaba donde huir del peligro.

Ya ví el éxito enteramente malogrado, pues los de la Is-
la, no habiendo recibido mi carta, dejaron de dar el falso
ataque, y las gentes que yo tenia en varios campanarios es-
perando el cañoneo no tocaron las campanas. Los contra-
bandistas, el pueblo, los particulares, todos, todos habian
ya desaparecido y estábamos solos en la empresa. Pedí á Gali que
á toda costa se reuniese la columna, y á paso acelerado ó de
ataque marchásemos hácia al muelle y de allí á hacernos fuer-
tes en el castillo de Santa Catalina: cuando iba á verificar su
retirada la columna se presentó el coronel Capacete, y á la
cabeza de su regimiento formado impidió la marcha, en cu-
yo tiempo salí eludiendo las tropas que habia en guerrilla, y

llegué á puerta de Mar, cuando la tropa toda victoreaba el Rey: el infame sargento quiso matarme, y no tuve mas tiempo que el de pedir la llave del postigo y protestar una comision para la capitania del puerto: el noble, valiente y amigo el comandante de la guardia de aquella puerta Don Carlos Martinez, debió conocer que todo se habia perdido y que yo trataria de salvarme, pero prefirió quedarse con la tropa para proteger mi fuga, la que conseguí como es notoria, y que por nota pondré á continuacion de este manifiesto. (Nota 3.)

El comandante Medrano permaneci6 en el parque, y no tuvo poco que hacer en sostener aquel punto cuando los oficiales opuestos á sus ideas se amotinaron, sublevaron la tropa y hubo de ella tres soldados que le apuntaron para hacerle fuego; pero un sargento les levant6 los fusiles y el teniente Motcher puesto á la cabeza de la tropa march6 al cuartel. Gali, Vargas, Cortada y Melgares fueron presos en la misma puerta de Tierra por el ayudante del Estado mayor D. Luis de Córdoba; al dia siguiente lo fueron Medrano, Gomez, y consecutivamente Garcia, Perez, y los sargentos Tura, Martinez, Gomez, Gonzalez y Poch, y conducidos todos á la cárcel y de ella los mas á los navios.

Este fue el desgraciado fin que tuvo la arriesgada empresa del 24 de Enero, y no dudo que la Patria avaluará con justicia los riesgos y sacrificios que ha costado á cada uno de los que la han servido. A mí solo me ha correspondido exponer el total de los hechos, vertidos con verdad y desnudos de las recomendaciones y elogios que debidamente debia tributar á los dignos compañeros que con valor, decision y heroismo supieron cumplir sus juramentos y vencer riesgos hasta dar una prueba nada equívoca de su valor y entusiasmo patriótico. Medrano, Gali, Gomez, Mergares, Vargas, Bajo, Garcia, Martinez, Bellos, Gimenez, Cortada, Perez, Pedruesa, Ladúz, oficiales del regimiento de Soria, y sus sargentos Tura, Gomez, Gonzalez, Poch y Martinez: asimismo Ponce el Zapador y su hermano, Shelly, Carlos, Castillo, Romero, Espadero, Porcel, Diez-Imbrecht, Aréjula, los Amelleres, Gimenez (el montañés) sus compañeros,

Alzaua, y el capitan D. Joaquín Gonzalez, (que sin estar en el secreto se unió y entusiasmó al pueblo) deben ocupar un lugar muy preferente en la historia de la restauracion de la Patria, pues decididos, esforzados y obedientes cumplieron con lo que les estuvo designado; y el gobierno no podrá menos de graduar á estos beneméritos españoles por los mas decididos defensores y báculos firmes del Santuario de las Leyes Patrias. No lo son menos los alféreces de navío Cueto y Herraiz, pues sino aparecen en el hecho del 24 no fue por otra causa que la de estar ya arrestados desde el 22 abordo y confinados á Ceuta. Estos marinos con un valor sin ejemplo se arrojaron á la grande empresa de unir la marina á la buena causa; pero la infamia de unos inicuos delatores nos privó de ellos.

A los perjuros é indignos que faltaron enteramente á sus promesas los confundo en el oprobio y no he querido nombrarlos pues mancharian la relacion de la grande empresa de la libertad Nacional: ellos llevan el sobrescrito de la infamia, y no dudo que sus propios remordimientos serán los dogales que vengarán á la Patria de los males á que la timidez y perversidad la hubo expuesto. Algunos de los iniciados en el secreto y que no suenan en los hechos del 24, ó se separaron aquella tarde ó tienen disculpas que les favorecen.

Es el público el que debe juzgar de las operaciones del 24 de Enero, y no dudo de que hará toda justicia al que fiado en la cooperacion de muchos dispuso un plan que dislocó la cobardía y malignidad de algunos. Yo seria generoso con todos ellos si su mal proceder fuese agravio hecho á mi sola persona; pero han expuesto á la Nacion entera por el desaliento que pudo inspirar en el ejército Nacional el malogro de la libertad Gaditana: consecuencias fatales, y que de yo callarlas me resultarian grandes cargos; así como de las prisiones y males con que el gobierno agovió á los vecinos de Cádiz desde el 24 de Enero. De todo deberian culparme si mi silencio fuese tal que hiciese creer que habia procedido por aturdimiento y sin plan. ¿Y en vista de estas razones podría yo suprimir en mi relacion las circunstancias del pliego que

no llegó á manos de Riego hasta el 25; ni la inicua conducta del coronel Novoa, de los oficiales de caballería y en fin de la falta de los 500 hombres ofrecidos por Duelles? Mi generosidad en esta parte seria criminal no solo contra mí mismo sino contra los valientes que expusieron sus vidas á todos los peligros, y que hubieran perecido en un suplicio si la nacion no hubiese conseguido la restauracion del sabio Código.

Por lo tanto estoy autorizado á quejarme de los falsos, flojos y cobardes, debiendo asegurar que sin Duelles ni sus extranjeros; sin Novoa ni sus Leales; sin varios gefes, oficiales, ni partidas de caballería, y en fin sin la cooperacion de los de la Isla; yo habria ejecutado mi plan de distinta manera y hubiera conseguido la libertad de mi Patria. Habria marchado con Soria por el campo de Capuchinos en lugar de ir por la calle Ancha; habria tomado dos cañones de á 8 y 12 que estaban junto al almacén de pólvora, y dirigídome con ellos frente á los Leales; mucho mas cuando el teniente cononel Pino (del regimiento de América) me habia dado su palabra de honor la mañana del 24 de que su regimiento no obraría contra mi empresa pues él haría que no estuviese la oficialidad en el cuartel, y que la tropa era compuesta la mayor parte de quintos y vagos: razon que me hizo no temer de dicho regimiento, y en honor de la verdad debo decir que ví realizadas las ofertas del dicho teniente coronel interino del cuerpo.

Yo tenia por míos los puntos siguientes:

El castillo de Santa Catalina por la guardia ó destacamento que mandaba el subteniente D. José María la Duz.

Los Mártires por el subteniente D. Martin de la Pedrueza.

El Revellin ó Bonete, extramuros de puerta de Tierra, por el subteniente D. Mauricio Perez y sargento Poch.

La puerta de Mar por el teniente D. Carlos Martinez.

La guardia del Hospital por D. Manuel Bellos y el sargento primero Jaime Tura.

Y otras guardias de milicias que no se expresan ahora por causas poderosas.

La posesion de unos puntos tan interesantes y demas por-

menores que llevo referidos justifican las disposiciones que tomé, y en vista de ello se convencerán los críticos de que el plan abrazó no los estrechos límites de una conmocion popular sino la amplitud de todos los puntos militares del recinto de su poblacion. Se malogró la empresa es cierto; pero es tambien certísimo de que la ejecucion dió nuevo carácter á las operaciones del ejército del general Quiroga, pues hasta el 24 de Enero solo apareció el ejército pronunciado como milicia regeneradora y no como apoyó de la voluntad de los pueblos. Hasta el 24 de Enero ninguna poblacion del reino habia manifestado su adhesion á las ideas del general Quiroga, y el dia 24 de Enero la heróica ciudad de Cádiz fue la primera que pretendió enarbolar el estandarte de la libertad civil. Cádiz con su esfuerzo entre bayonetas y marina, hizo resonar en todo el reino el grito de la Constitucion: y Cádiz desde el 24 de Enero despertó el valor amortecido de los españoles y convocó á los pueblos para romper los grillos de la tiranía. Cádiz es sin disputa la primera poblacion pronunciada, y siéndolo ¿dejarán de reconocerse los esfuerzos que hicieron y peligros á que han estado expuestos los héroicos patriotas que pretendieron conseguir la libertad Gaditana?

Cádiz 24 de Marzo de 1820.

El coronel primer ayudante general del Estado mayor del primer ejército Nacional y soldado voluntario de las compañías patrióticas de Cádiz

Nicolas de Santiago

Rodalde.

NOTA I.

Relacion producida por los comisionados D. Miguel de Porcel y Don Edmundo Shelly del dinero recaudado é invertido en la empresa del 24 de Enero de 1820.

Recibido de D. Juan de Aréjula y de D. José Diez Imbrecht y Catalá la mañana del 24 de Enero de 1820. Rs. vn.
60000

Distribucion.

Al coronel D. Nicolas de Santiago para los gastos de los contrabandistas, paisanos, é indispensables atenciones.	10000	}	12000
Al soldado Alonso Rojas á las ocho de la noche del 24 para que los tuviese á disposicion del coronel Santiago.	2000		
Al alférez de guardias D. Manuel del Castillo para la caballería, y otros gastos.			5000
A D. Federico Duellas en onzas de oro.	10000	}	15000
En plata por mano de Shelly.	5000		
Al coronel Novoa.			10000
Al segundo comandante de Soria D. Mariano Medrano.			10000
Al teniente García.			500
A varios.			1500
Distribuidos por Shelly.			2000
Id. por D. Miguel Porcel.			4000
			<hr/>
Igual á lo recibido.			60000

Cádiz 25 de Marzo de 1820.

Edmundo Shelly.

Miguel Porcel.

OBSERVACIONES.

Ademas de los 60000 rs. vn. que entregaron á los comisionados los Señores D. Juan de Aréjula y D. José Diez Imbrecht y Catalá, me consta que dieron unos 7000 rs. vn. mas para ciertos gastos, y que no conviene especificar.

Si estos Señores ú otros hubiesen entregado algunas otras cantidades con objeto de auxiliar la empresa, sepan que no han entrado

en poder de los recaudadores, y por lo tanto las deberán reclamar del sugeto que se haya apersonado.

Expreso esta circunstancia por si alguno se lisongea de haber contribuido á la grande empresa, sepa que no ignoro sus sacrificios y que deseo tener un conocimiento de ellos.

No creo prudente, decoroso, ni aun debido el que se estampe la distribucion de las cantidades que se entregaron á cada uno de nosotros. Todos gastaron mucho mas de lo que se les dió; y por mi parte puedo asegurar que mi cuñado D. Patricio Mac-Mahon me facilito en aquella época 58000 rs. vn. con objeto de auxiliar la empresa, y despues la de salvarme y pagar mi viage á la ciudad de S. Fernando, pues cuando salí de Cádiz la noche del 24 llevaba solo una onza y varios duros, y no 500 onzas, como supuso el general Campana con el fin de hacer especulativo el empeño de buscarme.

No tengo presente el dinero que yo entregué á Novoa la tarde del 24, ni el que recibió de otros sugetos.

Solo por oidas he sabido que el dinero que Castillo mandó á los oficiales de caballería lo devolvieron en el acto de negarse á operar á favor nuestro.

Me consta que D. Edmundo Shelly auxilió en sus prisiones á los compañeros de la empresa.

Toda recomendacion que yo haga á favor de D. Juan de Aréjula, de D. José Díez Imbrecht Catalá y de D. Patricio Mac-Mahon será corta, pues la situacion en que nós hallábamos entonces por el vil aterrador espionage con que sacrificaban inhumanamente al hombre mas honrado, hacia tímido al mas valiente; y es preciso confesar que solo el mucho amor de Patria pudo vencer á estos caballeros á dar dinero y comprometerse tan abiertamente. Hubieran perecido en un suplicio si nuestro honrado sigilo se hubiese viciado: ¿y hombres que expusieron sus vidas, sus bienes y familias no obtendrán su premio de la Patria? = N. Santiago Rotaldé.

NOTA II.

Á las siete y media de la noche del 24 entré en la casa de Manuel el montañés en compañía de mi hermano con el objeto de arrestar al general Campana y su ayudante, que ya estaban allí: me acompañaron (interin subí la escalera) una porcion de paisanos; pero desaparecieron los mas quedando sólo Manuel el montañés, Juan García, Alonso Blanco y Domingo Alepiane. Cuando disparé (sin bala) á Campana para desarmarle me hizo frente el ayudante Duran y tiró con el sable; pero Manuel detuvo el golpe, y otro disparó una pistola, rindiendo entonces sus armas Campana y Duran.

Terminada la conmocion vino la tropa realista, sacaron en triunfo á los arrestados, y condujeron preso á Manuel el montañés. Yo logré evadirme, y el 25 me acogí á la casa de D. Juan Romero, que no solo me acogió y ocultó este benemérito patriota (no obstante los riesgos que en aquellos dias le rodeaban, y los que por este acaso se le presentaban) sino que proporcionó mi fuga en medio del dia acompañándome con dos pistolas amartilladas y lo mismo D. Pantaleon Mancoleta, á quienes soy deudor de mi libertad, y de la seguridad con que llegué á la ciudad de S. Fernando. En estos buenos oficios se distinguen los verdaderos ciudadanos amantes de su Patria, quienes no omiten medio alguno por arriesgado que sea, como conduzca á la libertad de ella. = José Ponce.

NOTA. III.

Mi fuga de Cádiz la noche del 24 y aventuras hasta mi llegada á la ciudad de S. Fernando han sido objeto de la curiosidad pública; y yo sería ingrato con mis conciudadanos si les negase una relacion de los hechos que tanto admiran. No hay duda que en los pormenores de mi escapada se hallan rasgos propios de una novela; pero si aquellos hechos se llegasen á repetir en alguno, conocerá de cuanto valor está dotado el corazon del hombre para resistirlos.

Salí por el postigo de la puerta del mar, y me dirigí á la Capitanía del Puerto donde un gran número de marineros guardaban un profundo silencio oyendo la gritería que aun resonaba en Cádiz á causa de las parúdas que se esparcieron por la ciudad. "*Arma pronto la falúa,*" grité á los marineros, y el ayudante me preguntó las novedades que habia: yo le dije que la revolucion en Cádiz era sangrienta, y que tal vez no pasaria mucho tiempo sin que el pueblo saliese al muelle en busca de los marinos para cebar el furor encarnizado con que los maldecia. Esta insinuacion atigeró á los marineros; y aunque se le ocurrió al ayudante pedirme la orden, le satisface con aquello de *Vmd. no sabe lo que hay adentro: sí, para escribir están los que gobiernan.*

El Levante era tan fuerte y la mar tan gruesa, que tardé mas de una hora en llegar al navío general. Mi ánimo era aventurarme á la suerte de llegar antes que ninguna noticia; pero si Valdés ó Villavicencio hubiesen despachado un ordenanza á Puntales y que desde allí se embarcase, no hay duda que yo hubiera sido cogido sin remedio. Pero felizmente dichos Señores no tenian sus espíritus tranquilos, y pude verificar mi proyecto.

Al aproximarme al navío general suspendieron la boga los marineros: pregunté porque causa y me dijeron que despues de Animas hacian fuego á todo barco á menos de dar la contraseña, y

que la diese yo. Claro está que yo no la tenia , y recurrí á dar voces y mandar con imperio. Debo decir tuve recelos de los marineros; pues no sabia si deseosos ellos de la Constitucion , y considerándome realista , me amarrarian para que el pueblo de Cádiz me castigase , ó tal vez que les acomodase mejor tirarme al agua. En fin bogaron de mala gana , y desde el navio nos mandaron hacer alto; pero puesto yo de pies en el primer banco grité tanto y alarmé de tal manera á los del navio , que logré atracar sin obstáculo. Subí y me condujeron á la cámara del general Maurell ; y lo que allí referí , y cosas que supuse para aturdir , no me es posible expresar en el extracto de esta narracion , y ademas parecerian bufonadas impropias del estado angustioso en que me hallaba. Mandó el general tocar generala en toda la escuadra , y dió sus órdenes para picar cables y dar la vela : lo que yo deseaba para favorecer la buena causa y que tomase nuevo giro el plan de hostilidades contra los del primer ejército Nacional.

El mayor general dispuso que se equipase la falúa del navio, y con un oficial me condujeron á Puntales dándome el santo , seña y demas instrucciones para la línea. Llegué al castillo , dí orden al gobernador en nombre del de Cádiz , y recorrí varios puntos hasta separarme del oficial de marina. Entonces corrí á buscar un bote que con mil trabajos me facilitó la misma patrulla de voluntarios de puerto de Tierra y cabo de barrio de aquel punto : mas en el momento de ir á embarcarme llegó un ordenanza de Cádiz diciendo que el gefe de dia se habia escapado y que le prendiesen &c. Yo que oí esta orden , me escurrí como suele decirse , y me interté sirviéndome de guia *inocente* un soldado voluntario. Errante y sin determinarme á pasar por los costados de la Cortadura me ocurrió al fin acogerme á la iglesia de S. José. Llegué y llamé , pidiendo Sacramentos para un moribundo : al instante abrieron la puerta y me descubrí al sacristan y cura de semana , quienes se compadecieron de mi suerte. D. José Yepes es el sacristan , cuyo nombre debe grabarse en el libro de la religion como hombre virtuoso , compasivo y heróico , pues fue el verdadero contraste de la falsedad , timidez y aun felonía del cura , que habiéndome ofrecido seguridad y proteccion , escribió al Obispo y porque este fue tal..... que le mandó me echase , pues avisaba al gobernador para que registrase la iglesia , bóvedas y todo , todo!!!! Asi lo verificó á las diez de la mañana del 25 cuando estaban las tropas ejecutando el registro , y tan minucioso , que no se ha visto jamas. Me negaron ropas de disfráz y salí con mi completo uniforme , con gola , talí y la espada desnuda en la mano. Yo ví que generosamente me seguia el sacristan , y que llorando se lamentaba de la afliciva suerte de mi estado , por lo cual imaginé me prestaria algun consuelo ; pero es

tan infeliz el hombre y tan escasas sus relaciones que no tuvo proporcion de ocultarme. Por último partido elegí el esconderme entre retamas, y quedé solo en una agitacion y conflicto inexplicable. Pasaban oficiales, soldados y paisanos, y parece que la ceguedad de mis verdugos me hacia invisible. En fin á las cuatro de la tarde me ví libre de tropas, y resolví hacer una habitacion subterránea: elegí una retama espesa situada á la faldá de un megano de arena y que tiene por seña una gran palma, bajo cuya direccion y enfilamiento con otras dos que están delante forman la señal del sitio donde oculté mi existencia dos dias y medio. Socavé una grande zanja, enterré mi uniforme y demas prendas militares, y corté retamas, que me echaba por cima cuando amanecia. ¡Que horas pasé en aquella sepultura! ¡que conflictos! ¡que conversaciones oia á los que pasaban ó se sentaban inmediatos! Dios solo sabe lo que padecí y los riesgos que me rodeaban: mucho mas con un perro alano blanco y negro de hocico azorrado, que venia continuamente á ladrar á mi retama: yo no podia moverme, y mientras mas alhagos le hacia tanto mas se enfurecia el maldito perro.

La segunda noche estando aun en mi agujero oí cantar; presté oido, y ví que era el sacristan que lleno de caridad cristiana me traia un puchero con comida, un pan, queso, pescado frito y una orza de agua. Permítaseme que omita la pintura de este suceso pues arrancaria lágrimas involuntarias, que deben economizarse cuando ya se han vertido tantas por los sucesos funestos de esta ciudad.

Dejé en un lado todas las provisiones y el lio de ropas que me regaló para disfrazarme, y me propuse reducirle á que me salvase; pero me pintó los riesgos tan eminentes, los apremios y vigilancia del gobierno tan extraordinarios, que solo saqué por partido el que tratase yo de conservarime seis ú ocho dias como pudiese, y que entonces trataria de proporcionarme la fuga. Seguí implorando su compasion, pero me dijo que el cura de la iglesia le habia prohibido salir sopena de delatarlo como reo. El sacristan me habló con la verdad expresada en sus labios, en su semblante y en sus acciones; pero mi suerte era cruel, y yo no cesaba de suplicarle. Seguí con él hasta cerca de la iglesia, pero tuve que dejarle por temor á la tropa y caballería que iba á transitar por mi retamal. Volví á mi agujero, y cuando fuí á saciar la sed y hambre que me devoraba me hallé con las vasijas limpias; ¡gracias sin duda al alano ladrador! Toqué entonces los exiremos de la desesperacion, y creo que las agonías de la muerte no sean tan acerbas como las que yo pasé entonces.

No bien hubo amanecido cuando me dirigí á la huerta ó casa de labranza de los Marias, y á tres mugeres que hay en ella pedí

auxilio de agua y pan; pero me arrojaron con amenazas de dar voces, pues conocian que yo era el prófugo. Me alejé de la vista de unos monstruos tan inhumanos, y tomé la resolucion de irme á la aguada á buscar á todo riesgo un bote que me salvase. Mi debilidad era tanta, que con trabajo pude llegar á aquel sitio; y parado en medio de la playa pasaron por mi lado soldados de marina, de ejército, milicianos, marineros, y oficiales y ayudantes; pero yo estaba ya desesperado y no temí á nadie. Sin embargo no quise descubrirme á gente de tropa, pues confieso que me inspiraban horror y desconfianza. Al fin arribó un bote con varios valencianos que venian á hacer aguada: me resolví á pedir pasage á un mozo cuya fisonomía proponia ser hombre de bien: lo era, y con unos sentimientos tan nobles que no hay voces con que explicarlos.

Me acogió con ternura, con amabilidad y con despejo. Le supuse que era empleado de un transporte; se rió, y no pude ménos de descubrirme; pero no se inmutó. "Soy soló un marinero (me dijo) pero hablaré á mis compaÑeros." Volvió, y casi llorando me dijo que uno de ellos no queria de ningun modo favorecerme. Insté y me dió su palabra de que volveria con cuatro compaÑeros resueltos á ponerme en salvo. Me quedé nuevamente solo, y ahogándome la sed me dirigí á todo riesgo al pozo de Serra donde el mozo Valentin Suarez (sin conocerme) me dió agua que me pareció néctar; bebí repetidas veces y recobré mis fuerzas tan simultáneamente, que me consideré ágil para toda empresa. Pedí tijeras, y me dió unas tan grandes y mojasas, que me estuve riendo al trasquilarme el bigote con tan *original* herramienta. Llegaban al pozo soldados y paisanos, y yo con mucho disimulo me ocultaba con mil riesgos y trabajos. Desde las ocho hasta las doce estuve en el casucho del pozo, y ya perdidas las esperanzas de que volviese Ramon el valenciano. No tengo el apellido de este hombre tan digno de inscribirse en la lista de los nobles y virtuosos del reino. Projectaba dirigirme al mismo Puntales, quando se presentó Santiago Biñanegó, genovés, y amo ó arrendatario del pozo: me examinó muy bien y conocí que sospechaba de quien yo era; con todo procuré desmentir su sospecha y le hallé amable, haciéndome comer arroz con tocino que me pareció manjar del cielo. Dí un duro para vino y el buen hombre no quiso, diciéndome que no convenia ir por él. Bastante me dió á entender con esto, y guardándome el duro le llamé á un lado, (pues habia varios aguadores) y me descubrí á él: me dijo que ya me habia conocido y que él era hombre de bien, pues fue soldado muchos años y cinco habia estado de asistente del marques de Casa-Cagigal. Me ofreció buscarme barco y se marchó. A poco rato llegó una lancha griega y me avocó á ellos, y les ofrecí dinero si me llevaban á su polacra: estando en este ajuste llegó la

lancha con los valencianos, me hicieron seña y corrí á embarcarme. No bien nos habíamos separado de la playa cuando se coronó de tropa á buscarme, y vi llevar presos á los griegos y á muchos paisanos. Un aguador fue el delator por haberme visto en el pozo, y los dueños de él pasaron mil trabajos y arrestos. Yo llegué abordo de la bombardas S. Antonio, donde los marineros me cuidaron como mas mimo y afan que si fuesen mis padres: dormí tranquilo toda la noche, y solo me despertaba de rato en rato el buen Ramon para darme alimentos. La mañana siguiente escribí á mi primo D. Juan Leon para que avisase á mi hermana el estado en que me hallaba, y que me facilitasen un barco para ir por la mar del Sur á Torregorda. Así lo dispusieron, y á las cuatro de la tarde fue la hora que señalaron para ir en mi busca una lancha de bahía.

A las tres estaba vestido de marinero; roto pero muy tranquilo esperaba la hora cuando dijo el pagecillo que venia el capitán abordo. Todos los marineros se aturdieron y me encerraron en la cobachita del carbon, donde los ratones se divertieron conmigo á satisfacción, pues no tenia sitio para moverme y el carbon sonaba con sólo mi respiracion natural. Una furia no tiene comparacion con el brutal patron de la bombardas; á todos los queria perder, y á mí degollarme: se aplacó resolviendo entregarme á la tropa; pues el tunante del marinero viejo que primero se opuso á favorecerme me habia delatado. Salí como un rayo y agarré al patron: entramos en la cámara y ninguna cosa le hacia fuerza, antes muy al contrario, se enfascaba mas en entregarme: ya tuve la accion hecha de asesinarlo con uno de dos cuchillos que estaban sobre la mesa, pero el page dijo: "No seas tonto Vmd. coronel; el patron no nos descubrirá, pues todos hemos convenido en declarar que él fue el que trajo á Vmd. abordo, y que por no darle Vmd. cierta cantidad lo descubre ahora: y para que no esté Vmd. aquí venga Vmd. conmigo que lo llevaré al falucho de mi padre." Abrazé al muchacho, y me embarqué con él y otros: fuimos á un falucho donde estuve hasta las cuatro que apareció la lancha y con rumbo á Rota seguimos hasta anocheado, que cambiamos con direccion á Torregorda. Despues de Animas llegamos á aquel punto, pero fui recibido á balazos y tuve que hacerme afuera. Fondeamos con ánimo de esperar á el tía, pero á las once nos cargó un tiempo del N. O. que estuvimos sosobrando y á la vela toda la noche. Amaneció y nos hallamos cinco leguas enmarados, y á las nueve llegamos con felicidad á Santi-Petri, donde respiré por la primera vez la libertad que hoy goza toda la Nacion. El marinero valenciano me acompañó hasta dejarme en la Isla. ¿Y que premio será suficiente para compensar los rasgos de virtud, honor y heroicidad que ejerció este jóven? ¿Gobierno justo, no premia al valenciano y al sacristan?

porque me sirvieron, sino porque son patricios que honran á la nacion de quien dependen! Yo cedo mi empleo, y lo que valga distribúyase á las nuevos padres que han conservado mi existencia.



NOTA IV.

D. Juan Romero, D. Rafael, D. Ignacio Ameller y D. José Alzazua no siguieron materialmente la columna, sino que siguieron el movimiento para cooperar y ejecutar lo que estaba á cargo de ellos.

Un oficial de artillería amigo de Castillo y otros, cuyos nombres ignoro, siguieron con espada en mano: y me es muy sensible carecer de los nombres de tan beneméritos patriotas, pues privo al público la satisfaccion de que conserven la memoria de sus hechos.

